

perador y los príncipes católicos. Trasladémonos al Congreso de Munster, asistamos á las negociaciones y verémos á quién debe la Alemania su desmembramiento.

La ambicion francesa, despues de haber avanzado encubierta, como aconsejaba Richelieu, se manifestó por fin con toda claridad; los negociadores pidieron la Alsacia. ¿En quién encontraron resistencia? ¿En quién encontraron apoyo? Los príncipes protestantes hicieron lo imposible para impedir el desmembramiento (1), pero les faltó fuerza. No pudiendo impedir la cesion de la Alsacia, hubieran querido al ménos conservarla para la Alemania, cediéndola á la Francia á título de feudo. Esta proposicion fué tambien desechada; el emperador temia que los reyes cristianísimos, siendo miembros del Imperio, sembrasen en él discordias en provecho propio (2). En cuanto al rey de Francia, se decidió por la cesion con completa soberanía, porque de esta manera la Francia recobraba sus antiguas fronteras del Rhin (3). Los plenipotenciarios franceses nos dirán cómo acogieron los príncipes católicos la idea del desmembramiento: «La mayor parte han dicho en alta voz que la manera de hacer la paz era satisfacer á la Francia, y que era preciso empezar por esto para sacar mejor partido en los asuntos que habia que tratar con los protestantes» (4). De suerte que el interes de la fe pudo más que el sentimiento de la patria, en los católicos mucho más que en los protestantes. Entre los príncipes que apoyaron las pretensiones de la Francia se encontraba el duque de Baviera, el jefe fanático de la liga, el instrumento dócil de los jesuitas (5); aconsejó al emperador «que diese á la Francia todas las satisfacciones que pretendiese, aún cuando fuese preciso darle dos veces la Alsacia» (6). Hasta se trató de que la Baviera

(1) Los plenipotenciarios franceses lo dicen. (Carta del 10 de Marzo de 1646, en las *Negociaciones secretas relativas á la paz de Munster*, t. III, p. 115.)

(2) AD. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VIII, p. 252 y sig.

(3) *Negociaciones secretas relativas á la paz de Munster*, t. III, p. 245.

(4) *IBID.*, t. III, p. 187.

(5) Carta de MAZARINO, 22 de Noviembre de 1645, á los plenipotenciarios. (*Negociaciones*, t. II, 2, p. 215.) «Baviera es el mejor instrumento que podemos tener en los negocios de Alemania para conseguir ser atendidos.»

(6) Carta de MAZARINO á los plenipotenciarios franceses, del 12 de Enero de 1646. (*Negociaciones secretas*, t. III, p. 11.)

uniese sus armas á las de la Francia, á fin de darle posesion de aquella provincia (1). ¿Cómo es que el duque, de enemigo encarnizado, se convirtió repentinamente en amigo de la Francia? Fernando II lo habia investido con la dignidad electoral y con el Palatinado, despojos del infortunado *rey de invierno*. El duque de Baviera no tenía más que un medio de conservar su conquista, el apoyo de la Francia; porque los suecos tenían tal aversion contra aquel príncipe, que más hubieran querido arruinarle que transigir con él. De aquí el celo del duque por los intereses franceses (2), de aquí el desmembramiento del Imperio.

La cesion de la Alsacia no realizaba más que una parte de los proyectos de Richelieu; la Francia hizo la guerra durante diez años para arrancar á España los Países Bajos. En 1635 el cardenal firmó un tratado con las Provincias Unidas para el repartimiento de los Países Bajos españoles; no habiendo dado resultados la conquista, Mazarino trató de obtener, por medio de negociaciones, lo que le habia negado la suerte de las armas. La insurreccion de Cataluña puso en sus manos una prenda preciosa, que pensaba cambiar por la Bélgica. Dirigió una Memoria á los plenipotenciarios, en la que puso de manifiesto las ventajas de la reunion, con un cuidado, una predileccion, que revelaban la importancia que daba á aquella idea: «La adquisicion de los Países Bajos formará á la ciudad de París un baluarte inexpugnable; entonces podrá verdaderamente llamársele el corazon de la Francia.... El poder de la Francia se haria formidable para todos sus vecinos, y particularmente para los ingleses, que tienen naturalmente celos de su grandeza, y que no desperdician ninguna ocasion de procurar su disminucion, si no se les quita toda esperanza por medio de una adquisicion considerable.... La casa de Austria no podria ya hacer daño á la Francia, mientras que, sin los Países Bajos, una batalla perdida en el Somme difundiría el pánico en París.... Léjos de que tuviéramos que temer mal alguno del emperador, él tendria que temer de nosotros, lo cual le obligaria á con-

(1) Carta de los plenipotenciarios franceses, 1.º de Octubre de 1645. (*Negociaciones secretas*, t. II, 2, p. 162.)

(2) Carta del duque de Longueville, 4 de Marzo de 1647. (*Negociaciones secretas*, t. IV, p. 83.)

servar buena union con este reino..... La España quedaria sujeta; sería preciso que nuestros enemigos hubieran perdido el juicio, estando así las cosas, si resolviesen una ruptura con este reino; no teniendo la Francia nada que pudiese ocupar sus fuerzas ni del lado de Flándes ni de Alemania, puede comprenderse de lo que serian capaces, si no las empleásemos más que en España y en Italia..... El cardenal espera que las Provincias Unidas no dificultarán estos planes si se les garantiza su independencia. Nada tienen que temer de la Francia, porque la disposicion de su país es tal, y está tan bien fortificado por el arte y por la naturaleza, que siempre será inútil intentar avanzar por allí.....» En fin, Mazarino creia «que la Francia se captaria fácilmente el afecto de los pueblos de Flándes, puesto que cesarian de sufrir las opresiones increíbles de la guerra, y disfrutarían de una profunda tranquilidad con toda clase de ventajas y comodidades» (1). Los plenipotenciarios franceses respondieron al ministro que estaban conformes respecto de las ventajas que produciría á la Francia la anexion de los Países Bajos, pero objetaron que aquel engrandecimiento chocaría á las Provincias Unidas y á la Inglaterra, y excitaria la envidia de todos los Estados. Mazarino volvió á la carga; confesó que los ingleses se opondrian con todo su poder si sus asuntos propios estuviesen en otra situacion; pero que entónces ó nunca era la verdadera coyuntura de conseguir aquel resultado, sin encontrar obstáculo por su parte: «No tienen siquiera embajadores en Munster; tienen tantas ocupaciones domésticas, que no pueden ni pensar en lo de fuera.» En cuanto á las Provincias Unidas, dice, se las podría ganar cediendo al príncipe de Orange el marquesado de Anvers, bajo la dependencia de la república (2).

Los plenipotenciarios franceses veian más claro que el cardenal ministro. Al final de la guerra de los treinta años, la ambicion de la Francia empezaba á alarmar á la Europa; el temor de esta peligrosa vecindad reconcilió súbitamente á la Holanda con la España. El proyecto de Mazarino no podía realizarse. Esto no impi-

(1) *Memoria de MAZARINO*, de 20 de Enero de 1646. (*Negociaciones secretas*, t. III, p. 21-25.)

(2) *Negociaciones relativas á la paz de Munster*, t. III, p. 27 y sig., 50.

dió que la Francia consiguiese su objeto, la humillacion de la casa de Austria; ésta era la que perdía más que el Imperio con la cesion de la Alsacia. Conservó ciertamente la corona imperial, pero esta era una dignidad sin poder real, puesto que el tratado de Westfalia habia dejado tan á salvo la libertad de los príncipes, que no quedaba al emperador más que un título vano. La preponderancia pasó decididamente de la raza de Carlos V á la de Enrique IV.

III.—Richelieu.

La Francia debe esta grandeza á un hombre; Richelieu la encontró débil y sin recursos, y la hizo la primera nacion del mundo. Durante mucho tiempo la nacion reconocida ensalzó al gran ministro. En 1636 *Voiture* escribe: «Mientras el cardenal ha dirigido los negocios, no hay un vecino sobre el cual no haya ganado la Francia plazas ó batallas. Los que tengan una gota de sangre francesa en las venas y algun amor á la gloria de su país, no podrán leer estas cosas sin cobrarle afecto» (1). ¿Qué hubiera dicho *Voiture* si hubiera escrito en 1648? Sin embargo, en el siglo XVIII tuvo lugar una violenta reaccion contra la ambicion de conquistas; la Francia, arruinada por las guerras de Luis XIV, echó de ver que los pueblos pagaban muy cara la gloria de las armas. Como de costumbre, esta reaccion influyó en la apreciacion de lo pasado; se culpó á Richelieu de aquella manía guerrera, y del exceso de la admiracion se pasó al exceso de la censura. El historiador de Luis XIII, *Levassor*, tan concienzudo por otra parte, llama sencillamente á Richelieu un malvado hábil; pone en duda hasta su genio, para convertirlo en un intrigante de baja estofa: «Toda su ambicion, dice, consistia en conservar el poder; por ser ministro perpétuo, perpetuó la guerra, sabiendo que Luis XIII no podía pasar sin él mientras aquella durase» (2). Un escritor de genio, *Montesquieu*, emitió sobre el cardenal un juicio, que es co-

(1) PETITOT, *Coleccion de Memorias*, segunda serie, t. XI, p. 356.

(2) LEVASSOR, *Historia de Luis XIII*, t. IV, p. 558, 513, 584.—Tal es tambien la opinion del padre BOUGEANT, *Historia del tratado de Westfalia*, t. I, p. 359.

mo la marca de un hierro candente: «Los más malos ciudadanos de Francia fueron Richelieu y Louvois» (1). ¿Nos extrañará, pues, que los Alemanes abunden en estas ideas de ultraje y de desprecio? F. Schlegel ve casi en el ministro de Luis XIII una encarnación de Satanás: «Fernando, dice, y Gustavo Adolfo combatieron por su fe; hasta el mismo Wallenstein tenía al ménos una superstición, la astrología. Richelieu no tenía fe ni ley: era un ateo político» (2).

No harémos á Richelieu la injuria de defenderlo contra las acusaciones de los espíritus rastreros que rebajan la historia á su nivel. Puede censurarse en el cardenal un patriotismo excesivo, pero por esto mismo no se le puede negar el amor de la patria tal como los antiguos lo entendían. Ciertamente, tenía su ambición personal; pero aquella ambición se confundía con la grandeza de la Francia. La política de la Francia reclamaba lo mismo que quería el interés del cardenal. No dirémos, con uno de los grandes historiadores de nuestros tiempos, que el ministro francés fuera el defensor de la libertad alemana y el salvador de la libertad europea (3). Esto es atribuir al hombre lo que corresponde á Dios. Es verdad que la intervención de Richelieu en la guerra de los treinta años salvó la Reforma, y por consiguiente, la libertad de la Alemania y de la Europa. Pero ¿pensaba Richelieu en el protestantismo cuando abrazó el partido de los protestantes contra la casa de Austria? Pensaba tan poco, que negaba que la guerra fuese una guerra religiosa; á sus ojos era puramente política; lo que buscaba era la humillación de la casa de Austria. En cuanto á la libertad alemana, entraba ciertamente en sus miras, pero solamente como instrumento.

Los enemigos de Richelieu le disputan hasta la gloria de haber librado á la Europa del peligro de una monarquía universal; dicen que España estaba ya en decadencia en el siglo XVII, y que los emperadores de Alemania apenas eran temibles; hombres del pasado, su ambición se limitaba á conservar lo pasado (4). Es muy

(1) MONTESQUIEU, *Pensamientos*.

(2) F. SCHLEGEL, *Vorlesungen über die neuere Geschichte* (lección XVII).

(3) J. VON MÜLLER, *der Fürstenbund*, c. 13.

(4) AD. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VIII, p. 162 y sig.

cierto que la España de Felipe IV, exhausta de hombres y de dinero, no podía pensar en conquistar la monarquía; es también cierto que la rama alemana de la casa de Austria no tenía la grande ambición que se le supone. Pero se olvida que el emperador de Alemania y el rey de España estaban á la cabeza de la reacción católica, y la ambición universal de la Iglesia no ha sido nunca puesta en duda. La Francia debía temer al príncipe que en 1630 era casi dueño absoluto de Alemania y extendía su mano sobre el Norte y sobre Italia. Es positivo que estos temores eran generales, y que para Richelieu fueron más que un pretexto; eran su preocupación incesante. Lo que lo prueba, son las exhortaciones que en toda ocasión dirigía á los príncipes de Alemania, católicos y protestantes: los invitaba á unirse contra el enemigo común, el emperador. La unión, decía, es el único medio de garantizar la libertad. Que el cardenal se haya cuidado poco de la libertad germánica en sí misma, lo concedemos sin dificultad. Pero esto importa poco; lo cierto es que al decir á los príncipes alemanes que se uniesen, se colocaba en el punto de vista de su libertad; y es igualmente positivo que, si la Alemania hubiera seguido su consejo, hubiera evitado la vergüenza del desmembramiento. Esto sólo demuestra la buena fe de Richelieu; deseaba el engrandecimiento de la Francia, pero deseaba ante todo la humillación de la casa de Austria.

¿Quería Richelieu dar á la Francia la dominación de que despojó á la casa de Austria? En esto hay que guardarse de imputar al cardenal la responsabilidad de los hechos históricos que proceden más ó ménos de su política. Dió á la Francia el primer lugar en la cristiandad y concentró todas las fuerzas de la monarquía en las manos del príncipe; ¿no era esto aspirar á la monarquía, y no era la política conquistadora de Luis XIV una consecuencia fatal de la de Richelieu? No ha faltado esta acusación al gran cardenal (1). La verdad es que no era un guerrero y que no tenía gran afición á las conquistas. Tenía demasiado buen sentido para dejarse seducir por la quimera de la monarquía universal. En vano

(1) Esta es la acusación que SISMONDI dirige contra RICHELIEU. (*Historia de los Franceses*, t. XIV, p. 47, edic. de Bruselas.)

se invoca contra él la ocupacion de la Alsacia y el proyecto de reparticion de los Países Bajos; ciertamente tenía la ambicion de dar á la Francia sus fronteras naturales, pero media un abismo entre este sistema y el de la monarquía conquistadora, á la manera de Luis XIV y de Napoleon. La idea de las fronteras naturales se deriva del principio de nacionalidad, del cual es la garantía; ahora bien, quien dice nacionalidad, excluye toda especie de dominacion universal. ¿Extendía Richelieu demasiado léjos los límites de la Francia? El porvenir responderá á esta pregunta; las naciones son de Dios, y solamente Dios conoce los límites en que deben contenerse.

Hemos hecho justicia á Richelieu; añadiremos que no es del número de los grandes genios con que se honra la humanidad. Los hombres á quienes venera la posteridad son los que guian al género humano hácia el término de sus destinos, son los hombres cuya mirada se dirige al porvenir; Richelieu era, como todos los políticos, el hombre del presente. Estos espíritus, cualquiera que sea su elevacion, sacrifican casi siempre el porvenir al presente. Richelieu derribó todos los obstáculos que encontró en su camino. La aristocracia indisciplinada se rebeló contra el poder real: Richelieu la destruyó, sin pensar que destruyendo un obstáculo y una resistencia, destruía á la vez un elemento de fuerza. Los hugonotes abusaron de la posicion que les habia creado Enrique IV, amenazaban convertirse en un Estado dentro del Estado; Richelieu les quitó todas las garantías que el edicto de Nantes les concedía, sin pensar que la libertad religiosa que les dejaba quedaba á merced de un capricho del poder real. Richelieu no queria una monarquía conquistadora, y sin embargo, la preparó. Su política, admirable bajo el punto de vista del presente, es imprevisora considerada desde el punto de vista del porvenir. Esto sucede con toda política que no tiene en cuenta más que lo útil. ¡Qué distancia entre Gustavo Adolfo y Richelieu! El héroe sueco desatendió la grandeza de su país, su dominacion en el Norte, para consagrar su vida á una idea, la libertad religiosa; este sacrificio á la causa de la humanidad constituirá su gloria eterna.

§ VI.—El catolicismo y el pontificado.

N.º 1.—*La política y la religion.*

La guerra de los treinta años es la lucha suprema del catolicismo y de la Reforma. Reanimada por la revolucion religiosa del siglo XVI, la Iglesia se arma para el combate; una poderosa milicia se extiende por toda la cristiandad y combate á los herejes bajo el estandarte de Cristo; los soldados de Jesus tienen la elevada ambicion de devolver el imperio del mundo al catolicismo. ¿Cuál es el resultado del duelo gigantesco que se llama la guerra de los treinta años? No solamente no consiguió la Iglesia destruir el protestantismo, sino que pierde toda influencia en los destinos de los pueblos: la política se hace ajena á la religion, se seculariza. Es una revolucion inmensa, porque implica la decadencia del cristianismo tradicional. En la Edad Media la religion dominaba en las relaciones sociales de la misma manera que dominaba en las almas. Las cruzadas fueron la manifestacion brillante y gloriosa del imperio que el catolicismo ejercia sobre los espíritus. Habiendo llegado á la cúspide de su poder, la Iglesia tuvo que declinar. A partir del fin de las guerras santas, su influencia política bajó, porque ya entónces quedaron conmovidas las antiguas creencias. Sin embargo, Roma seguia desempeñando un gran papel. Aun en visperas de la Reforma, los reyes consintieron en aceptar de manos de un papa la donacion del nuevo mundo.

La revolucion del siglo XVI produjo efectos aparentemente contradictorios; por una parte reavivó el sentimiento religioso y le dió nueva fuerza; por otra secularizó la sociedad; la Iglesia misma quedó dentro del Estado, al paso que en la Edad Media el Estado estaba dentro de la Iglesia. Y es que el protestantismo no era, como creian los reformadores, un regreso al cristianismo primitivo, sino un primer paso fuera del cristianismo histórico. Este primer paso fué aumentando; la sociedad se separó cada vez más de la religion tradicional, los más grandes intereses se seculariza-